

No. 18 - Julio - 1951



REVISTA INFANTIL NACIONAL

Mi Madre

C. L. Philippe.

Cuando yo tenía dos años, mamá, tú eras fuerte como una fuerza de Dios; eras bella, con toda clase de bellezas naturales; eras dulce y clara como el agua corriente. Eras, para mí, la más completa representación del mundo. Yo te veo y te siento. Te pareces a la tierra fácil y serena de nuestro país, que se va de ribazos en cañadas, con sus campos y sus prados de verdor. Coges a tu niño sobre tu seno, le acaricias, le llenas de beneficios; y esto es bueno, como cuando un hombre, una tarde de domingo, en el verano, se acuesta a la sombra de una encina.

No me es posible imaginar el mundo sin ti. Tú eres el cielo que se extiende por encima de nosotros, hermano azul de la llanura. Tú estás aquí, sobre mi corazón, con un amor igualmente azul y que va más lejos que el horizonte. Yo pienso que la vida es dichosa y ligera cuando pone a nuestro lado una madre cuidadosa, una madre atenta que nos mira, una madre delicada que nos sonrío, una madre fuerte que nos lleva de la mano. Tú eras sobre todo, mamá, como un río ancho y tranquilo que se desliza entre dos riberas de ramaje, bajo un cielo sereno. Yo era una barquita nueva que se abandona al río y parece decirle: "Llévame, hermoso río, donde tú quieras; he puesto mi vida sobre la tuya, porque sé que conoces países muy bellos, donde se es dichoso". Iba de esta manera. Y veía el mundo que pasaba, porque se reflejaba en tu seno.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia
Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Tel. 124 - Heredia
Administración:
MARIA CRISTINA MARTÍNEZ
EMMA MORALES
Heredia — Costa Rica

Sumario:

Mi Madre	1
Canto de Cuna	2
La Madre	3
Beldad y la Bestia	4
Los Zapaticos de Rosa	7
El Carlanco	11
Los niños hablan	15
Limpiemos bien la casa	16

JULIO 1951

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 18

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

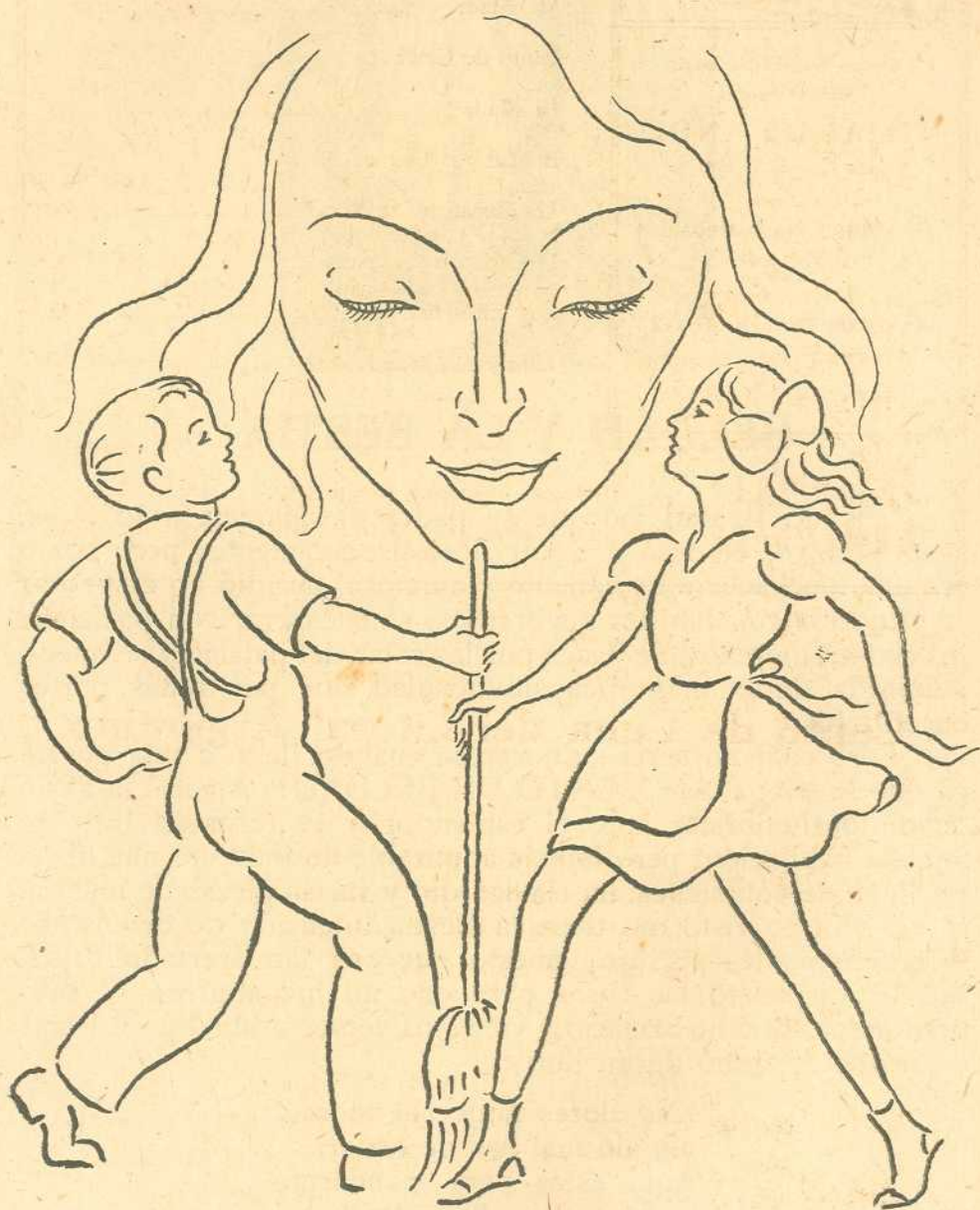
Canto de Cuna del Litoral Argentino

Cantaba, cantaba la tarde,
cantaba, cantaba el maíz,
cantaba, cantaba el sereno:
mi niño no quiere dormir...

La noche, jinete de humo,
galopa silbando a su perro.
Las nubes se duermen al paso;
mi niño se queda despierto...

La luna regala naranjas
y el sapo le pide la suya.
Mi niño, cerrando los ojos,
tendrá la más grande y madura.

Fryda Schultz de Mantovani.



— La Madre —



BELDAD Y LA BESTIA (Continuación).

Cuando Beldad vió que su padre desaparecía a lo lejos, sano y salvo, empezó a llorar desconsoladamente; pero como era una muchacha muy valiente y animosa, decidió no empeorar su situación con inútiles quebrantos, sino esperar con paciencia los acontecimientos. Se paseó por las salas del palacio y se quedó admirada de la magnífica suntuosidad que por todas partes encontraba.

Pero cuál no sería su sorpresa cuando llegó a una puerta en que se leía: «¡APOSENTO DE BELDAD!» Apenas la abrió quedó deslumbrada ante el esplendor y el refinado lujo de aquella habitación; pero lo más admirable de todo era una librería llena de volúmenes, un clavicordio y varias piezas de música.

—Por lo visto, no tiene la Bestia intención de devorarme inmediatamente—se dijo—puesto que con tan acertada solicitud ha dispuesto las cosas para que no me aburra.—Y esto pensando, abrió un armario y vió estos versos grabados en letras de oro en el lomo de un libro:

«No llores mujer hermosa,
ningún mal has de temer.
Aquí estás para mandarme,
y yo, para obedecer».

—¡Ay!—dijo suspirando.—Si al menos pudiera satisfacer mi deseo de ver a mi pobre padre y saber lo que hace en este momento...

Casualmente estaba mirando entonces a un espejo que tenía delante y en él vió, como en un cuadro, su casita de campo,

a cuya entrada se dirigía su padre montado a caballo y en un estado de abatimiento. Sus hermanas salían a recibirlo y, aunque procuraban mostrarse afligidas, era fácil de ver que en el fondo estaban muy contentas. Esta visión se desvaneció al poco tiempo, pero bastó para que Beldad comprendiese que la Bestia era tan poderosa como complaciente. A mediodía se encontró servido en la mesa un exquisito almuerzo, y mientras comió se dejó oír una música deliciosa, aunque no le fué posible ver a nadie. Pero al llegar la noche y cuando ya se disponía a sentarse a la mesa, oyó el ruido de la Bestia y no pudo menos que estremecerse de miedo.

—Beldad—dijo el monstruo,—¿me permites hacerte compañía mientras cenas?

—Como quieras—contestó ella, muy asustada.

—De ninguna manera—dijo la Bestia.—Aquí estás para mandarme. Si no te gusta mi compañía no tienes más que decirlo y me retiraré al instante. Pero, dime, Beldad: ¿no me encuentras muy feo?

—Sí, mucho—contestó ella;—te digo lo que siento porque no sé mentir, pero también te encuentro muy bueno.

—¿Yo, bueno?—replicó tristemente la Bestia—pero a más de feo soy muy necio; reconozco que no soy más que una bestia.

—La gente muy necia—repuso Beldad—nunca tiene conciencia de su necedad.

La Bestia escuchó complacida estas palabras y dijo, no sin cierta embarazosa cortesía:

—Por favor, no quisiera que por mí dejases de comer con entera libertad ni de cerciorarte de estar bien servida. Todo lo que ves es tuyo, y sentiría mucho que echases de menos alguna cosa.

—Eres muy bondadoso, tan bondadoso, que acaso me olvide de que eres tan feo—dijo Beldad formalmente.

—¡Ah sí!—contestó la Bestia, dando un profundo suspiro.—No creo tener mal corazón, más, a pesar de todo, no soy más que un monstruo.

—Son muchos los monstruos que tienen figura humana. Más vale tener sentimientos humanos y forma monstruosa.

—Quisiera agradecerte las palabras que acabas de pronunciar, Beldad, pero soy tan estúpido que no sé decirte nada agradable—contestó la Bestia con tal acento de melancolía y revelando al mismo tiempo tanta bondad y tanta pena, que Beldad que poseía el más tierno de los corazones sintió que por momentos se desvanecían sus temores.

Cenó con extraordinario apetito, hablando de un modo tan razonable como encantador, hasta que, al levantarse la Bestia para despedirse, la atemorizó como nunca al preguntarle de súbito con su áspera voz:

—Beldad, ¿quieres cásarte conmigo?

Atemorizada como estaba, Beldad no podía decir más que la estricta verdad. Su padre le advirtió que a la Bestia sólo le gustaba que le dijese la verdad. Por consiguiente respondió con voz firme:

—No, Bestia.

El monstruo no se enfureció como podría esperarse, no hizo nada sino lanzar un profundo suspiro, y cuando Beldad se encontró sola empezó a sentir lástima del desgraciado.

—¡Oh!—pensaba.—¡Qué lástima que sea tan horrendo, siendo tan bondadoso!

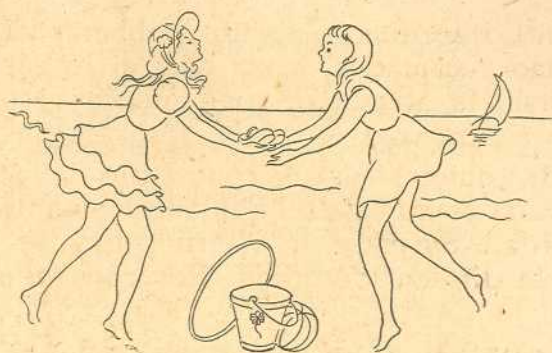
Beldad vivió tres meses en aquel palacio, muy complacida. La Bestia iba a verla cada noche y hablaban durante la cena, y aunque no revelaba él mucho talento en sus palabras, cada vez descubría nuevas bondades. No es, pues de admirar, que, lejos de temer ella la visita, pronto la hubiéramos podido sorprender mirando el reloj para ver si eran las nueve, pues ésta era la hora en que nunca dejaba él de visitarla. Sólo una cosa la contrariaba y era que él había adoptado por norma el preguntarle al despedirse si quería ser su mujer, y parecía afligirse mucho cuando ella le contestaba que no. Por fin, una noche le contestó:

—Me ofendes mucho, Bestia, obligándome a rechazarte con tanta frecuencia; mucho me gustaría que me inspirases el necesario afecto para consentir en casarme contigo; pero he de decirte con toda franqueza que no espero que eso suceda nunca. Seremos siempre buenos amigos. Procura, pues, conformarte con esto.

—Así lo haré—suspiró la Bestia,—pues demasiado sé lo espantoso que soy; pero has de saber que te amo más que a mi vida. No obstante, me tengo por muy dichoso con que te dignes vivir conmigo. Prométeme, Beldad, que nunca me abandonarás.

Beldad se lo hubiera prometido de buena gana, tan apenada estaba por él; pero precisamente aquel día vió en el espejo mágico, adonde nunca dejaba de mirar, que su padre estaba muriendo de pena por ella.

—¡Ay!—contestó.—Tengo tan grandes anhelos de ver a mi padre, que si no me permites salir para hacerle una visita moriré de ansiedad.



Los Zapaticos de Rosa

Hay sol bueno y mar de espuma,
y arena fina, y Pilar
quiere salir a estrenar
su sombrerito de pluma.

— "¡Vaya la niña divina!"
dice el padre, y le da un beso.

— "¡Vaya mi pájaro preso
a buscarme arena fina!"

— "Yo voy con mi niña hermosa" —
le dijo la madre buena.

"¡No te manches en la arena
los zapaticos de rosa!"

Fueron los dos al jardín
por la calle del laurel:
la madre cogió un clavel
y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
con aro, balde y paleta.
El balde es color violeta;
el aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:
nadie quiere verlas ir:
la madre se echa a reír,
y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
a Pilar, que viene y va
muy oronda: "Dí, mamá;
¿Tú sabes qué cosa es reina?"

Y por si vuelven de noche
de la orilla de la mar,
para la madre y Pilar
manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
todo el mundo está en la playa:
lleva espejuelos el aya
de la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
que salió en la procesión
con tricornio y con bastón,
echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
con tantas cintas y lazos,
a la muñeca sin brazos
enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
sentadas con los señores,
las señoras, como flores,
debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
tan serios, muy triste el mar:
¡lo alegre es allá, al doblar,
en la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
mejor allá en la barranca,
y que la arena es muy blanca
donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—"Mamá, yo voy a ser buena:
déjame ir sola a la arena:
allá, tú me ves, allá!"

—"¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojas:
anda, pero no te mojes
los zapaticos de rosa".

Le llega a los pies la espuma:
gritan alegres las dos:
y se va, diciendo adiós,
la del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
 las aguas son más salobres,
 donde se sientan los pobres,
 donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,
 la espuma blanca bajó,
 y pasó el tiempo, y pasó
 un águila por el mar.

Y cuando el Sol se ponía
 detrás de un monte dorado,
 un sombrerito callado
 por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
 para andar, ¿qué es lo que tiene
 Pilar, que anda así, que viene
 con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
 por qué le cuesta el andar:
 —"¿Y los zapatos, Pilar,
 los zapaticos de rosa?

—"¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
 ¿Dí, dónde, Pilar?"—"Señora—
 dice una mujer que llora—,
 ¡están conmigo: aquí están!"

"Yo tengo una niña enferma
 que llora en el cuarto oscuro,
 y la traigo al aire puro
 a ver el Sol, y a que duerma.

"Anoche soñó, soñó
 con el cielo, y oyó un canto:
 me dió miedo, me dió espanto,
 y la traje, y se durmió.

"Con sus dos brazos menudos
 estaba como abrazando;
 y yo mirando, mirando
 sus piesecitos desnudos.

"Me llegó al cuerpo la espuma
 alcé los ojos, y ví
 esta niña frente a mí
 con su sombrero de pluma.

"¡Se parece a los retratos
tu niña"—dijo—¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?

—"Mira: ¡la mano le abrasa,
y tiene los pies tan fríos!
¡Oh!, toma, toma los míos;
yo tengo más en mi casa".

"No sé bien, señora hermosa,
lo que sucedió después:
¡le vi a mi hijita en los pies
los zapaticos de rosa!"

Se vió sacar los pañuelos
a una rusa y a una inglesa;
el aya de la francesa
se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos
Se echó Pilar en su pecho,
y sacó el traje deshecho,
sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
de la enferma la señora:
¡no quiere saber que llora
de pobreza una mujer!

—"Si, Pilar, dáselo! ¡Y eso
también! ¡Tu manta! ¡Tu anillo!
Y ella le dió su bolsillo:
le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
a su casa del jardín,
y Pilar va en el cojín
de la derecha del coche.

Y dice una mariposa
que vió desde su rosal
guardados en un cristal
los zapaticos de rosa.



EL CARLANCO

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó.

—¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa a la cabra. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar cal. Pregúnta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen grado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atracad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie; porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco!
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre le dijo a las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—¿Quién es? preguntó la tornera.

—Madre, soy una cabrita para servir a usted.

—¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

—Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que le pasaba.

—Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón, le dijo: vamos a tu casa.

Cuando llegaron se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó a correr que echaba incendios; y yo

pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare aquesto.

Fernán Caballero



PINTE con "DURAKOTE"

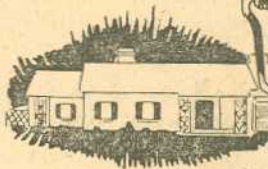
La mejor pintura
americana!

DURAKOTE le
Brinda a Ud.:

- Mejor Acabado.
- Colores Perma-
nentes.
- Mayor Rendi-
miento.
- Belleza y...
- Bajo Precio.

Sólo **¢ 34.50 Galón.**

Recuerde que Duracote
es con Aceite de Linaza.



UNA PINTURA CON 100% DE
ACEITE PURO DE LINAZA.

Y por eso... DURAKOTE dura toda la vida! - Pase hoy mismo a escoger su color preferido.

TEL. 4003 ALMACEN GAMBOA TEL. 4003
25 varas al Norte del Diario de Costa Rica

RALEIGH

La Mejor Bicicleta del Mundo



Ahora con
Grandes
Facilidades
de Pago.

Obtenga la
suya hoy
mismo.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
El Centro de Sport
(La Casa del Deportista)

2020 *Tomadura*
 2334 *Contabilidad*
 2448 *Uso General*
 1585 *Tipografía*
 2284 *Mocho-Ancho*
 2142 *Mocho Fino*
 2058 *Grueso*

PARA SU SELECCIÓN PERSONAL

33 PUNTOS DIFERENTES Y NUMERADOS

Osterbrook
PLUMA FUENTES CON PUNTOS DE REPUERTO

Los Niños Hablan

Pedro Antonio Badilla. Escuela C. González Víquez. 3er. Grado. Heredia.

Madre

Yo pronuncio tu nombre con respeto,
porque tú, madre mía,
eres lo que yo más quiero.

Tú has velado por mí cuando pequeña.

Me besas dulcemente.
Eres lo que yo más quiero.
Tú eres el tesoro mío.
Eres un Angel del cielo
que has venido a este mundo
a dar amor a tus hijos.

Margarita de Bedout,
3er. Grado. 1942.



Limpiemos Bien la Casa

I

Como vendrá tu madre
dentro de pocos días,
limpiemos bien la casa
para que la halle linda.

Toma este delantal
y toma esta escobita.
Tú barrerás el patio,
yo arreglaré la quinta.

No manos forasteras
dejen la casa limpia;
sean por esta vez
las tuyas y las mías.

II

Agua para los pisos
barniz para las sillas.
Ese cuadro, más bajo;
la araña, más arriba.

III

Cuando tu madre indague
por tanta maravilla,
yo tocaré tus manos,
tú tocarás las mías.